

INTRODUCCIÓN

El objetivo de esta investigación es contribuir a la reconceptualización de la política y a la discusión sobre la naturaleza de la confrontación armada en Colombia, a partir del estudio de las emociones a las que apelan los actores armados, Farc y Auc, en los procesos de negociación política con los gobiernos de Andrés Pastrana y Álvaro Uribe.

El trabajo muestra que las distintas producciones verbales de los actores armados operan también como discursos emocionales y que desde ellos puede hacerse una caracterización de las organizaciones que facilita la comprensión del lugar que se autoasignan en el orden social y las relaciones que establecen con el estado y otros sectores de la sociedad. Así, se habla de las Farc como una organización “orientada a la conquista de una forma de existencia social” y de las Auc como una “formación elitista orientada a la defensa”. Además, se exponen ciertas similitudes emocionales en la manera como ambas agrupaciones armadas se refieren al estado y las clases políticas¹.

El trabajo combina planteamientos teóricos de Norbert Elias y de la antropología de las emociones con el análisis detallado de varias producciones verbales, esto es, tipos específicos de texto y de habla de los actores en los contextos de negociación (comunicados, entrevistas, declaraciones, cartas, y lo que generalmente se

¹ A lo largo del trabajo se escribe estado con minúscula, a no ser que se trate de una cita de otro autor. Esto porque, como explican varios autores, el estado con mayúscula es un reemplazo de Dios en las ciencias sociales. Ver González, Bolívar y Vásquez, 2003.

conoce como “discursos”², entre otros). La introducción está organizada en cinco secciones. Las dos primeras exponen los principales antecedentes del proyecto: cómo llegamos a la pregunta por las emociones a las que recurren los actores armados colombianos y qué planteamientos conceptuales guían la investigación y articulan nuestra preocupación por el vínculo entre orden político y emociones.

En la tercera sección se reconstruyen las estrategias de identificación de las emociones en las distintas producciones verbales de los actores y se expone el concepto de “discurso emocional”. El cuarto acápite esboza el planteamiento central del trabajo. La quinta y última sección hace una reseña puntual de las precauciones de método que se tomaron a lo largo del proyecto y que tienen que ver con el tipo y el tratamiento que se hizo de las fuentes. Además, esta sección describe la organización del conjunto del libro.

Historia de una pregunta

El interés en identificar y analizar las emociones a las que apelan los actores armados tiene varios antecedentes. Indagaciones anteriores han mostrado que el análisis de la confrontación nacional se ha concentrado en el estudio de sus orígenes y evolución territorial, en la identificación de las trayectorias organizativas de los diversos actores, sus modos de inserción regional y, en términos más amplios, en su relación con las sociedades locales y las autoridades estatales. Algunos de estos trabajos han recalcado la necesidad de hacer un estudio sistemático sobre las autocaracterizaciones de los actores armados y sobre la forma como ellos conceptualizan su relación con el estado, su papel en la sociedad nacional y, en términos más generales, la vida política (González, Bolívar y Vásquez, 2003)³. Recientemente, se han afianzado las investigaciones sobre la confrontación armada, a partir de la teoría de juegos, las teorías de la complejidad y los enfoques organizacionales. Tales perspectivas profundizan en interesantes facetas del problema —transformaciones de la estrategia militar, mutación de las estructuras armadas, participación y control de mercados ilegales, entre otras cuestiones— (Rangel y otros, 2005; Salazar y Castillo, 2001) pero no tienen mayor interés por la forma en que los actores armados formulan su experiencia de la política. Esta última cuestión es central para nosotros por cuanto en la lectura de las declaraciones de las organizaciones armadas sobresale una constante referencia a elementos afectivos

2 Más adelante, en esta misma introducción, se hacen varias precisiones con respecto al uso del término discurso a lo largo de la investigación.

3 Esta publicación recoge los resultados de distintos estudios sobre el conflicto armado y revisa de manera sistemática las perspectivas interpretativas predominantes en el análisis de éste.

—rabia, miedo, indignación, humillación, honor, entre otros— como causa o consecuencia de la confrontación militar.

En publicaciones anteriores subrayamos, siguiendo los planteamientos de otros autores, que la alusión a la vida afectiva en las producciones verbales de los actores armados permanece como algo “incomprensible”, “premoderno” o “arcaico” cuando se les interroga desde la comprensión hoy predominante de la política como un universo de intereses colectivos, como un campo de deliberación y argumentación racional y de debates ideológicos o, en su defecto, debates de “ideales” (Elias, 1999; Escalante, 1992, 1991; Oakeshott, 2000; Bolívar, 2003b y c)⁴. En esos textos llamo la atención sobre la tendencia de varios sectores sociales a condenar a los actores armados por “carecer de ideales” y por perseguir “intereses individuales” (Bolívar, 2003a). Esta condena ha incidido en que no se preste mayor atención analítica —ni política— a los términos en que los actores de la guerra explican sus acciones. Donde analistas y ciudadanos buscan “ideales políticos”, las organizaciones armadas hablan de traición, necesidad de defensa y protección del honor, entre otros elementos que, usualmente, son remitidos al ámbito confuso de “las sensaciones, las emociones y los sentimientos”. Ámbito que, por lo demás, se supone opuesto o claramente diferenciable del espacio de la política, al que se concibe como universo de diálogo racional entre actores individuales capaces de autocontención (Elias, 1994; Escalante, 1992, 1991). De ahí que no se pueda ver en esas referencias un lenguaje político, sino descripciones de situaciones personales, expresiones de un gran “cinismo” o de una gran distancia entre las organizaciones armadas y la sociedad⁵.

Esta situación, unida a la lectura del trabajo de Norbert Elias que se presenta en la sección que sigue y a la identificación de ciertos planteamientos en el trabajo de otros investigadores, alentó nuestro interés en convertir en un problema de estudio la constante apelación que los actores armados hacen a sus emociones, ya para justificarse, ya para definir o replantear sus relaciones con el gobierno y la sociedad nacionales. Si bien ningún investigador del conflicto colombiano ha trabajado sistemáticamente sobre la vida emocional de los actores armados, algunos analistas han hecho interesantes —aunque, la mayor parte de las veces, indirectos— co-

4 Por supuesto, no se trata de un problema solamente colombiano. En su libro *La política del terror: Apuntes para una teoría del terrorismo* (1991), Fernando Escalante analiza los conflictivos nexos entre violencia, modernidad política y autoimagen de la sociedad burguesa.

5 El carácter “personal” de las declaraciones de los actores armados usualmente es recalado para desacreditarlos, para probar su “cinismo” o su carencia de “verdaderos proyectos políticos”. Señalamientos de este tipo estuvieron a la orden del día en los comentarios sobre el discurso que Manuel Marulanda envió a la Instalación de la Mesa de Diálogo en enero de 1999 y también en la discusión sobre los procesos de desmovilización de las Auc. Al respecto, se pueden consultar los editoriales y las principales columnas de los periódicos nacionales.

mentarios al respecto. Comentarios que esta investigación utilizó como invitaciones a recalcar las dimensiones afectivas de la vinculación política. Aquí sólo cabe esbozar algunas de las proposiciones de diferentes analistas que resultaron esclarecedoras de nuestro problema.

En primer lugar, la insistencia de Fernando Guillén (1996), Malcolm Deas (1993) Fernán González (1997; 2003), María Teresa Uribe (2001), Catherine Legrand (1997; 1988), Mary Roldán (2003), Gonzalo Sánchez y Donny Meertens (1986), Gonzalo Sánchez (1991), y Herbert Braun (2003, 1998), entre otros, sobre la naturaleza afectiva con que se invisten las identidades políticas en distintas coyunturas, especialmente en los escenarios de confrontación armada y en los procesos de ocupación territorial. Aunque sólo algunos de estos distintos autores se ocupan del conflicto armado actual, como historiadores (Guillén era sociólogo pero no estaba “atrincherado en el presente”, como se queja Elias, respecto a lo que le pasa a la mayoría de esos estudiosos), todos han llamado la atención sobre el contenido afectivo que sostiene las relaciones políticas. Cuestión que, aunque sea obvia, está cada vez más escondida bajo las perspectivas racionalistas predominantes en el análisis político contemporáneo. Ninguno de estos autores habla explícita o sistemáticamente de emociones, pero sí dan a la vinculación con la región, a la lealtad con un grupo, a la rabia frente a una situación, al honor de ser revolucionario o primer ciudadano como campesino y colono, a la humillación de ser denominado bandolero, a la politización “defensiva o ofensiva”, a la sensación de que el estado “nos abandonó”, gran importancia analítica y política. Este estudio se ancla en el esfuerzo de todos ellos por identificar la vida afectiva que habita las denominaciones políticas y por comprender que el campo y los contenidos de la política en Colombia se transforman históricamente y entre los distintos estratos⁶. De hecho, la investigación

6 No sobra aclarar que si para un antropólogo o un historiador puede ser “obvio” que en las relaciones políticas se expresen vinculaciones emocionales, para la ciencia política, para la sociología y para ciertas corrientes de historia política tal señalamiento es objeto de discusión. Las tendencias predominantes en cada una de esas disciplinas heredan todas un modelo teleológico de lo político en donde las relaciones afectivas y personales deben ser reemplazadas por relaciones racionales e impersonales, en las cuales la política tiende a centralizarse en el estado y a no estar por ahí desperdigada en la sociedad, y en donde la violencia expresa irracionalidad, disfunción. Si a eso se le suma el escaso interés que los antropólogos colombianos han tenido en la violencia y, sobre todo, en la política —con notables excepciones—, puede comprenderse por qué aún hoy hay que insistir en que mundo político y mundo afectivo no son universos separados, o en que el campo de la política no se define lógicamente o deductivamente. En su trabajo sobre “la presencia de la política nacional en la vida provinciana, pueblerina y rural de Colombia en el primer siglo de la República”, Malcolm Deas hace interesantes comentarios sobre los supuestos políticos de lo que en ese momento era la “prosa del nuevo historiador” y el “carácter científico” del concepto de “clientelismo”. Este último concepto no estaría en capacidad de comprender esa política “local”, ese “iluso amor por la patria” que caracteriza varios episodios de la política colombiana (1993: 178 y ss). Es interesante releer también el debate de

parte de que la definición y los contenidos de la política son objeto de lucha política en cada sociedad y en cada tiempo, más que el resultado de un ejercicio lógico o de un consenso racional (Lechner, 1986; Rosanvallon, 2003). Además, el estudio recoge la insistencia de Norbert Lechner en que la política es la lucha por la configuración misma de los sujetos, de sus miedos y sus deseos, y no la lucha entre sujetos previamente constituidos (Lechner, 1986)⁷. Otro conjunto de planteamientos, esta vez sí sobre la confrontación militar o sus actores, que fortalecieron nuestra preocupación por la vida emocional en medio de tales procesos, se desprende de los trabajos de Gutiérrez (1998), Uribe de Hincapié (2001) y Uribe Alarcón (2004), entre otros. En uno de sus trabajos, Francisco Gutiérrez muestra que, en las declaraciones de unos milicianos, los “valores morales (operan) como columna vertebral del orden social” y que hay una asociación permanente entre moral y seguridad (1998: 196). El mismo autor subraya la importancia que tiene la indignación frente a lo que se concibe como un “estado faltón”, un estado que no es “legal”.

Algo parecido sucede con el trabajo de María Victoria Uribe sobre la forma en que las Farc apelan al pasado y construyen Marquetalia como un mito que prueba la exclusión y agresión de que han sido víctimas (Uribe, 2003, 2004). También, los planteamientos de María Teresa Uribe sobre “el embrión de estado” y “los protoestados” resultaron indicativos de la necesidad de investigar la producción de una vida afectiva en la que se sustenta todo ejercicio de dominación política. En sus trabajos, Uribe comenta que los poderes de los actores armados logran construir ciertos consensos, amparados en un “sentir moral tejido sobre la experiencia de la exclusión y el refugio, sobre las heridas dejadas por la ausencia de reconocimiento y por la desigualdad social, y quizá también, sobre una noción difusa de justicia, más cercana a la de venganza” (Uribe, 2001: 262-263). Más recientemente, los trabajos de María Teresa Uribe y Liliana López sobre las retóricas y las poéticas en las “palabras de la guerra” en el siglo XIX y su insistencia en los distintos lenguajes políticos que atraviesan las producciones de los actores del siglo XIX fortalecieron nuestro interés en la manera como la guerra ha sido comprendida, justificada y convertida en “necesidad política” por parte de diversos actores (Uribe y López, 2002; Uribe, 2004)⁸.

algunos historiadores colombianos en torno a la temprana conformación de los partidos políticos en Colombia. Mucho de lo que decían Frank Safford y José Escorcia, en la mesa redonda sobre los problemas implícitos en una caracterización de los partidos centrada en la ideología, hoy acecha las caracterizaciones de las organizaciones armadas (Safford, 1983).

7 En una entrevista iluminadora, Lechner señala: “se hace política con la cabeza, pero no solamente con la cabeza. Hay cálculo, pero también pasiones y convicciones. Hay agresividad y tabúes. ¿Cómo desconocer todas aquellas experiencias de confianza y de deslealtad, de aprecio o de humillación que aprendemos en la vida cotidiana?” (Lechner, 1986: 14). Yo añadiría ¿cómo comprender la política sin conocer qué experiencias tienen al respecto los actores armados? ¡No se puede!

8 Durante el desarrollo de esta investigación trabajé con artículos y textos preliminares sobre la investigación de Uribe y López. El libro *Las palabras de la guerra* fue publicado cuando esta investigación

Finalmente, los análisis de Myriam Jimeno sobre la forma en que distintos grupos elaboran las experiencias de violencia, sobre los vínculos entre categorías y procesos “políticos” con conceptos y disposiciones personales, y más recientemente, su trabajo sobre el crimen pasional repercutieron en nuestro interés por comprender los vínculos entre vida emocional y ordenamiento político y por hacer de las emociones un terreno para el estudio de la construcción y reproducción de jerarquías sociales (Jimeno, Roldán y otros, 1996; Jimeno, 1998, 2004). De hecho, para la construcción de la pregunta sobre las emociones a las que apelan los actores armados, resultaron reveladoras las alusiones de estos autores al sentir moral, la sensación de exclusión, la necesidad de reconocimiento y las formas de experimentar y “padecer” la autoridad. Reveladoras y perturbadoras, pues, como se decía atrás, las categorías predominantes del análisis político tienden a concebir tales referencias como prueba de una cultura política no modernizada, y porque estudiando la obra del sociólogo Norbert Elias sobre *Los alemanes* (1999), comprendimos que los conflictos políticos tienden a reproducirse o a experimentarse como confrontaciones emocionales.

Emociones y orden político

El objetivo de este acápite es presentar las principales referencias teóricas que guiaron la investigación, en las que se articulan, fundamentalmente, los planteamientos de Norbert Elias con proposiciones de otros autores que trabajan desde la antropología y la sociología de las emociones.

En sus distintos trabajos, Norbert Elias —sociólogo judío-alemán que nació en 1903 y murió en 1990— llama la atención sobre el vínculo entre las formas de dominación política y la configuración de repertorios emocionales y de pautas de comportamiento determinadas por la estructura de interdependencias de una sociedad definida. En su análisis de la génesis social del estado, el autor estudia los conflictivos procesos de constitución del monopolio fiscal y de la violencia a partir de un seguimiento histórico detallado de las dinámicas de concentración de la tierra, monetarización de la economía y diferenciación de los estamentos sociales de las sociedades europeas. Muestra que cada una de esas transformaciones se expresa y se apoya, al mismo tiempo, en cambios del comportamiento, de la sensibilidad y de las relaciones socia-

ya había sido terminada, de ahí que en adelante use los artículos y no el libro. Un interesante estudio pendiente es precisamente leer los discursos emocionales de las Farc y las Auc desde los lenguajes políticos identificados por Uribe y López. Gracias al sistemático ejercicio que ellas han hecho, podremos interrogar lo que dicen los actores armados hoy, desde una comprensión de las “palabras de la guerra” en el siglo XIX.

les, en un sentido específico que tiende hacia el distanciamiento de los grupos humanos con respecto a sus necesidades naturales, hacia el refinamiento en los espacios y objetos con que aquellas necesidades son satisfechas y hacia la interiorización de las diversas formas de control social.

En términos más puntuales, Elias muestra que los seres humanos que viven en sociedades donde las condiciones de interdependencia han permitido la configuración de estados centralizados —con monopolio de la coerción y monopolio fiscal— tienden a controlar más su agresividad, a tener repertorios emocionales o formas de enfrentar las situaciones menos emotivos y directos, esto es, más racionales, complejos y distanciados, y a despreciar o temer el uso de la violencia.

Para que estos señalamientos queden más claros, es preciso recordar que el autor discute la tendencia habitual a pensar que cada miembro de una determinada sociedad alberga “dentro de sí” un conjunto diferenciado de emociones (rabia, amor, odio y vergüenza, entre otras) y que ellas serían la expresión directa de una supuesta “naturaleza biológica”. En contra de esos hábitos de pensamiento, Elias señala que las emociones van haciéndose más diferenciadas y complejas a medida que aumenta la interdependencia funcional entre los diversos grupos sociales que constituyen las sociedades europeas.

La referencia a lo diferenciado y complejo no implica un juicio de valor sobre la vida emocional de las distintas sociedades; simplemente, recalca que la creciente interdependencia de los grupos sociales y, con ella, la emergencia de nuevas formas de relación social tienen un correlato en la constitución de un repertorio más amplio, matizado y especializado de emociones y “manifestaciones instintivas”⁹. El estudio de las emociones implica comprender que algunas disposiciones biológicas compartidas por toda la especie humana son “encauzadas”, “configuradas” y “dotadas de sentido” por la estructura de relaciones de una determinada sociedad, más puntualmente, por el orden político. En palabras del autor:

El tipo y la intensidad de la continencia [de los impulsos], en cada caso, guardan una correspondencia con la posición social del que se le impone y también con la posición social de aquellos otros frente a los cuales se le impone. Esta situación va

9 No podemos reproducir aquí la discusión que hace Elias sobre “manifestaciones instintivas”, ni la evolución de esta problemática a lo largo de su obra. Tenemos pendiente, además, aclarar cómo se relacionan puntualmente la vida instintiva y la configuración emocional en general. Por ahora, interesa solamente señalar que, en los apartes dedicados a la configuración emocional, Elias explora las transformaciones en la actitudes y los comportamientos frente a las necesidades naturales, la agresividad, la mesa, las relaciones entre los sexos y otras cuestiones. Esto nos permite suponer que, bajo su perspectiva, la configuración emocional recoge “manifestaciones instintivas” de muy distinto tipo y que es nuestra propia experiencia social la que nos oculta el despliegue emocional que provocaban ciertas comidas o ciertas prácticas que hoy asumimos como naturales: comer con cubiertos, lavar el cuerpo desnudo, usar los propios platos, entre otros.

cambiando lentamente en la medida en que van perdiendo nitidez y agudeza el escalonamiento de las relaciones de dependencia, así como el carácter jerárquico de la sociedad. Al aumentar la división del trabajo se hace más intensa la interdependencia de los individuos y todos dependen más unos de otros, incluidos los superiores de los inferiores y de los más débiles. Los más débiles se igualan a los poderosos en la medida en que éstos sienten pudor ante aquéllos, por decirlo de algún modo contundente. (Elias, 1994: 179)

Reproducimos por extenso esta cita porque nos permite llamar la atención sobre algunos aspectos de la perspectiva conceptual que guía este trabajo. Primero, el tipo y la intensidad de la continencia de los impulsos y, en nuestro caso, de las manifestaciones emocionales dependen de la posición social de los actores. Segundo, las relaciones entre las distintas posiciones sociales se transforman en el tiempo, de acuerdo con las dinámicas de interdependencia entre grupos sociales. Tercero, la creciente interdependencia transforma el balance de poder entre actores. Cuarto, el balance de poder entre los grupos sociales se actualiza en un tipo de ordenamiento emocional y en la consagración de unos cánones morales en los que no se excluye el conflicto¹⁰. Quinto, el debilitamiento de la estructura jerárquica de la sociedad y el aumento de la interdependencia se traducen en la aparición de nuevos lazos emocionales, como el “pudor”, que actúa como igualador de los diversos estratos. Sexto, el lugar que se ocupa en la jerarquía social se “incorpora” y se hace “práctico” y efectivo, precisamente como un modelo particular y diferenciable de continencia en los impulsos¹¹.

Un terreno privilegiado para el estudio de la transformación histórica de las emociones tiene que ver con “los negocios del Estado”, las “negociaciones políticas” y el advenimiento de la democracia (Elias, 1996, Wouters, 1992). En su trabajo sobre *Los alemanes* (1999), Elias insiste en la necesidad de estudiar, sistemáticamente, las

10 Elias y otros autores insisten en que no hay una relación de correspondencia mecánica entre los cambios de la sociedad y las transformaciones en sus valores y repertorios emotivos. Ambos cambian pero no tienen porque hacerlo en el mismo sentido o intensidad. Incluso, hay valores y repertorios emocionales que perviven aun cuando su “morada material” haya dejado de existir. En esa dirección se orienta el análisis que hace Elias (1997) de las dificultades emocionales enfrentadas por ciertos “estamentos superiores” alemanes ante el advenimiento de la República de Weimar. Barrington Moore también ha llamado la atención sobre la tendencia de las clases altas rurales a glorificar el pueblo campesino y a construir intensas representaciones emocionales sobre la bondad implícita en esos grupos, precisamente cuando su propia existencia como clases altas rurales se ve amenazada por el desarrollo de la agricultura comercial (1991. Ver, especialmente, 398 y ss). Escalante también ha discutido explícitamente este problema sobre repertorios emocionales y morada material (Escalante, 1992: 24).

11 Por supuesto, los distintos modelos de continencia de impulsos o de ordenamientos afectivos ponen en juego el concepto de *habitus* de Bourdieu y la transmutación del “tener” en “ser”. Una explicación sintética y precisa al respecto puede leerse en Bourdieu, 2000: 131 y ss.

“exigencias y transformaciones emocionales” implicadas en la pacificación del orden político. El autor identifica y analiza los contenidos emocionales de distintos hábitos políticos y resalta el hecho de que un cambio político implica toda una transformación emocional que puede ser promovida o resistida mediante el uso de la violencia. A partir de la experiencia histórica de Alemania bajo la República de Weimar y de la referencia a distintos episodios de terrorismo político, Elias estudia el desagrado que algunos alemanes sienten por la participación del pueblo y por la política como construcción de compromisos verbales (Elias, 1999: 366 y ss).

En el rechazo de la política como enfrentamiento controlado halla Elias una clave para entender la radicalización y el desencanto políticos que llevan a ciertos actores a orientarse hacia la lucha armada. Insiste en que la configuración del estado moderno y la pacificación de la sociedad implican la constitución de repertorios emotivos en los que suelen predominar un rechazo al uso de la violencia y un lenguaje político que se expresa en términos que, como nación, ciudadano, pueblo, democracia, pretenden orientar la experiencia social hacia el afianzamiento de relaciones que por ahora sólo existen como expectativa. Explico mejor esto. Elias recalca que la formación del estado y de la democracia se expresa también en la emergencia de términos numinosos que van a orientar la experiencia social, que están cargados emocionalmente y que ahora parecen sólo “formales”¹². De ahí que el autor haga énfasis en la necesidad de reconocer que la política en tanto actividad social ha sido objeto de importantes transformaciones y que las demandas de una política pública, de negociaciones y de acuerdos racionales dan por hecho un tipo de control emotivo muy específico y muy frágil que sólo se configura en determinadas relaciones de interdependencia. De ahí también que Elias y otros autores hayan recalcado que la construcción de la democracia depende de la extensión o, por lo menos, del predominio en el conjunto de la sociedad de un canon moral determinado y su correspondiente repertorio emocional. Un repertorio que supone una intensa diferenciación emocional, la separación entre lo público y lo privado, lo emotivo y lo racional, lo colectivo y lo individual y la preeminencia de emociones orientadas al futuro y cargadas de valencia positiva frente al grupo que constituye el estado nacional (Elias, 1994; Moore, 1991; Escalante, 1992). En esa dirección se orienta Moore cuando afirma que “la experiencia inglesa mueve incluso a pensar que el deshacerse de la agricultura como actividad social mayor es uno de los requisitos previos para el éxito de la democracia” (1991: 348). Y que es así no sólo por razones “económi-

12 Más adelante retomó este punto apoyándome en los planteamientos de Koselleck sobre historia conceptual.

cas” o de producción, sino por la transformación de valores, sentimientos y pautas de relación que la agricultura comercial y el industrialismo introducen en las sociedades. Como Elías, Moore reconoce que la democracia implica precisamente la popularización de un canon moral y un repertorio emotivo específico, que, sin embargo, tienden a naturalizar condiciones históricas y sociales muy precisas y, por esa vía, a convertirse en apuesta por la dominación. Ambos recalcan que los procesos de transformación de esas relaciones y sus correlatos emocionales están llenos de contradicciones y de usos sociales ambiguos¹³. Los autores citados conciben la moralidad, y por esa vía, la vida emocional no como sistemas cerrados dirigidos por una determinada lógica, sino como una dimensión específica de la acción y la experiencia humanas, como relaciones sociales inscritas en coordenadas materiales e históricas muy precisas. Por eso, insisten en la necesidad de estudiar la vida política de las sociedades prestando atención a la coexistencia y a la transformación pacífica o violenta de los distintos ordenamientos morales y emocionales y dejando a un lado las constantes suposiciones sobre los “valores”, las formas “morales”, “racionales”, “correctas” o incluso “sanas” de hacer las cosas. Tales suposiciones orientan la vida de los actores pero no pueden ser el punto de partida del análisis (Escalante, 1992; Moore, 1991. Ver, especialmente, 89 y 238). Moore recalca, una y otra vez, y nosotros lo seguimos, que los sentimientos y los valores tienen un papel importante en la configuración de revueltas y revoluciones políticas, pero que ninguno “persiste espontáneamente” (Moore, 1991: 238). El mismo autor recalca que las ideas o las emociones que orientan la definición de lo “bueno” y lo “correcto” nacen en condiciones históricas y materiales concretas aunque luego se “usen” o “reformulen” en otros con-

13 Moore no habla de configuraciones emotivas pero todo el tiempo recalca los límites de las explicaciones de la revolución o la rebelión políticas que no tienen en cuenta los valores, los sentimientos, las experiencias de humillación y los sufrimientos de los diferentes grupos sociales. Por supuesto, tales sentimientos tampoco pueden ser vistos como la causa directa de los conflictos, sino que tienen que ser explicados como una fuerza social específica y modeladora de las interacciones. Moore señala que “por sí solas las diferencias económicas y sociales no explican jamás un conflicto” (1991: 85). Pero también aclara que la respuesta no está en los valores y la cultura, pues “para mantener y transmitir un sistema de valores, los seres humanos son masificados, tiranizados, metidos en la cárcel, internados en campos de concentración, halagados, sobornados, convertidos en héroes, alentados a leer periódicos, adosados a una pared y fusilados, y a veces incluso instruidos en sociología. Hablar de inercia cultural es pasar por alto los intereses y privilegios concretos servidos por el adoctrinamiento, la educación y todo el complejo proceso de transitar la cultura de una generación en la siguiente” (Moore, 1991: 393). Todo esto para afirmar una vez más que las emociones no son naturales, que el repertorio emocional exigido por la democracia es “de ayer por la mañana” y que implica por sí mismo la extensión de un tipo particular de relaciones de poder que a veces son contestadas desde otros repertorios emotivos que leemos como “reaccionarios” o “tradicionales”.

textos¹⁴. Estos señalamientos nos permiten mostrar que en el conflicto armado colombiano convergen distintos repertorios emotivos y cánones morales que se encuentran ocultos tras la aceptación formal del lenguaje político democrático y su ordenamiento emocional. Las proposiciones de los autores sobre la estrecha relación entre agresividad controlada y predominio de la palabra en la política, así como el temor frente a los nuevos sectores políticos, resultaron determinantes de nuestra comprensión del desprecio con que los actores armados hablan del régimen y sus representantes, quienes los han “traicionado” y abandonado, y de su interés por la participación popular (Bolívar, 2003a).

Pero el interés de Elias por las relaciones entre repertorios emotivos y balance de poder no lo llevó a estudiar solamente la formación de los estados, sino, en términos más amplios, las transformaciones de lo que él denomina “procesos diferenciales de poder”. Precisamente, en su “Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados”, el autor muestra que el lugar que cada actor se atribuye en una jerarquía de estatus viene acompañado o encarnado en una valoración emocional del propio grupo y en una relación afectiva con los otros y con el orden social en su conjunto. A partir de la reconstrucción del tipo de relaciones que sostienen los habitantes de un barrio popular de Londres —Winston Parva—, Elias discute la tendencia de las ciencias sociales predominantes a explicar la diferenciación entre los grupos a partir del dinero, o los bienes, a que cada uno de ellos tiene acceso. El autor llama la atención sobre el impacto que tiene en los diferenciales de poder la tradición de un grupo, su carácter de antigüedad, por decirlo de alguna manera, su sedimentación y permanencia en el tiempo. Eso puede hacer que un grupo se contraponga a otro al que percibe como nuevo y, por lo mismo, anómico, desordenado, violento, entre otros rasgos. En este mismo trabajo, Elias recalca que quienes tienen un grado mayor de poder tienden a sentirse humanamente mejores. De ahí su interés en trabajar la constitución de “carismas de grupo” y “fantasías glorificadoras”. Ambos conceptos hablan de la autopercepción que un grupo construye de sí, separándose y despreciando los rasgos de otro y autoatribuyendo una misión y un carácter especial al propio (1998). Tales conceptos fueron de gran utilidad en la caracterización de los actores armados, y especialmente, de las Auc,

14 Son muy interesantes las consideraciones que hace Moore al respecto. El autor explica cómo gran parte de las “ideas” que consideramos típicas de los ordenamientos burgueses —como el contrato, el derecho de resistir a la autoridad injusta, la inmunidad de ciertos grupos e, incluso, la inmunidad personal al poder del soberano, así como las ideas de libertad, igualdad y fraternidad— son acuñadas en la sociedad medieval. Más puntualmente, el autor muestra que muchas de esas ideas nacieron en el marco de experiencias campesinas en donde, por supuesto, tenían un contenido radicalmente diferente del comercial burgués con el que suelen ser asociadas hoy (1991: 336 y ss. Ver también el epílogo).

por cuanto ellas se asignan una misión salvadora frente al país. Como en los otros casos, los términos acuñados por Elias articulan la dimensión estructural de la vida y de las relaciones de interdependencia con la forma que ellas toman en la autopercepción y las producciones verbales de los grupos. Así como el autor hace énfasis en que las formas de sentir se construyen en las relaciones jerarquizadas de interacción, se traducen en tendencias de acción determinadas y en problemas específicos sobre cómo se vive o se juzga al estado, comenta que el predominio del pronombre ellos, en detrimento del pronombre nosotros para referirse al estado o al grupo dominante (1999: 109 y ss), y que la necesidad y el deseo de distanciamiento, prestigio y deferencia social son indicios importantes del tipo de experiencia política de los actores (1996: 140 y 127). En su discusión sobre los problemas causados por la sobrevaloración de los elementos económicos en los conflictos entre grupos sociales, Elias formula explícitamente una pregunta desafiante, a la hora de pensar en la confrontación armada colombiana: “¿Qué otras privaciones, aparte de las económicas, tienen que sufrir los marginados?” (Elias, 1998: 107).

En *El proceso de la civilización* (1994), *La sociedad cortesana* (1996), *Los alemanes* (1999) y el “Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados” (1998), Elias analiza los contrastes entre los comportamientos y las creencias “políticas” de distintos grupos sociales —cortesianos y burgueses, en los dos primeros libros; nobles, burgueses, sectores obreros e intelectuales, en el tercero, y obreros urbanos, en el cuarto caso—. En todos ellos, el autor insiste en la transformación histórica de lo “político” y en que las formas de sentir funcionan como indicios del lugar que cada sector ocupa en el sistema de estratificación de la sociedad global (1998: 33). Esos descubrimientos lo llevan a rechazar la versión predominante de la política como un asunto de estados y una cuestión de “cálculo instrumental” o “ideología”. Al igual que otros autores, Elias recuerda que parte de las dificultades a la hora de estudiar las relaciones entre emociones y orden político tiene que ver con la idea típicamente moderna, o mejor, ilustrada, de que el ejercicio de la política debe reposar en fundamentos racionales y no en vinculaciones afectivas o “tradicionales”. Eso en contra de la claridad propia de otras épocas según la cual la política desata emociones y se vive como moralidad¹⁵. Elias también ha investigado y criticado la

15 Oakeshott muestra que uno de los efectos del racionalismo en la política es precisamente la tendencia a convertir la moralidad en asunto de ideales, de abstracciones y buenas costumbres. Los actores de esta moralidad serían individuos que, como Adanes reiterados, deben tomar decisiones todo el tiempo sobre la vida buena, amparados sólo en su racionalidad. Por el contrario, nosotros asumimos la moralidad no como ideal sino como un hecho de la vida social. La posibilidad de discernir entre “lo bueno” y “lo malo” no depende de un ejercicio de “racionalidad” sino de un proceso social en el que cada miembro de la sociedad aprende a interpretar y a reconocer ciertas acciones como índices de algo o aprende simplemente cómo se hacen las cosas (Oakeshott, 2000; Moore, 1991; Escalante, 1992). En este punto se articulan emociones y moralidad.

construcción del modelo estado-céntrico de la política que tiende a sobrestimar las dimensiones instrumentales del acceso al poder, a equiparar legitimidad con racionalidad y a ignorar otros espacios políticos en donde prevalecen repertorios emocionales distintos (Elias, 1999; Aminzade y McAdam, 2001).

Elias señala que los impedimentos para comprender las emociones como relaciones de poder y expresiones de la política tienen que ver con la fuerza de dicotomías tales como pensamiento y afecto, mente y cuerpo, público y privado, masculino y femenino, consciente e inconsciente, por un lado; y por otro lado, con las contraposiciones y valoraciones políticas sobre lo inauténtico y lo auténtico, lo artificial y lo natural, lo represivo y lo expresivo (Elias, 1994; Calhoun, 2001: 50 y ss). El mismo autor ha hecho énfasis en que esas dicotomías caracterizan los hábitos de pensamiento y de investigación en las distintas disciplinas y han incidido en que ellas manifiesten sus reservas frente al estudio de las emociones. Más aún, han influido en el hecho de que las principales corrientes de la ciencia política que reconocen como grandes autores a Maquiavelo, Hobbes y Tocqueville subestiman el hecho de que los tres autores depositan gran parte de su explicación de los fenómenos políticos en las “emociones”¹⁶. Estas últimas no son entendidas como abstracciones sino como experiencias que traducen y actualizan un conocimiento concreto del ordenamiento moral de una sociedad y que sólo son comprensibles en términos sociales (Oakeshott, 2000; Elias, 1998; Escalante, 1992, Bauman, 1997a y b). El desarrollo de esta perspectiva sobre la relación entre política y emociones implica deshacerse de la imagen de Adán, esto es, de los individuos libres y autosuficientes como punto de partida del análisis social. Las emociones no son características individuales sino formas específicas que asumen las relaciones entre los actores y que integran el orden político.

En este punto es necesario delimitar la perspectiva analítica desde la que se trabajan las emociones. La revisión de una vasta, desigual y a veces incoherente literatura sobre las emociones nos permitió construir los planteamientos que siguen. Ellos no pretenden agotar ni presentar exhaustivamente todo lo que habría que decir sobre las emociones, sino puntualizar aquellos rasgos o relaciones que se trabajaron en la investigación, que caracterizan su mirada y que, como dije antes, recalcan el vínculo entre emoción y orden político.

16 Valga un ejemplo. En *El Antiguo Régimen y la Revolución*, Tocqueville explica que, en el siglo XVIII, “creencias desinteresadas y simpatías generosas conmovieron entonces a las clases ilustradas y las involucraron en la Revolución, en tanto que lo que agitó al pueblo, fueron el sentimiento amargo de sus agravios y el deseo ardiente de cambiar de posición. El entusiasmo de los primeros acabó por encender y armar la cólera y la avidez del segundo” (Tocqueville, 1998: 266). Nada más opuesto a las explicaciones racionalistas e individualistas de los fenómenos políticos, incluso de las revoluciones, que predominan hoy.

Primero, bajo la denominación de “emociones” se agrupan fenómenos que comprometen en diversos grados sensaciones cualitativas, excitación y expresiones fisiológicas, valencias en la dimensión placer-dolor, antecedentes cognitivos, objetos intencionales y tendencias de acción características (Elster, 2002: 299; Aminzade y McAdam, 2001; Thoits, 1989). Los primeros rasgos han acaparado la atención de los estudios que recalcan aquello que los seres humanos comparten con otras especies o que los caracteriza a lo largo de la historia. Aquí se ubican los estudios sobre la forma en que los hombres, en tanto especie, suelen reaccionar al miedo, a la agresión, a fenómenos “naturales”. Hay muchos debates al respecto de lo que puede ser considerado “natural” y de las transformaciones en el cerebro cuando se enfrentan ciertas situaciones clave (Llinás, 2002; McDermott, 2004). Nuestra investigación sobre discursos políticos como discursos emocionales no se ocupa de esos primeros rasgos de las emociones. El tipo de fuentes con las que se trabajó impide el acceso a los componentes fisiológicos de la emoción. Sin embargo, hemos incluido esta precisión porque los hábitos de pensamiento predominantes sobre la emoción recalcan precisamente tales componentes y su relación con la plasticidad biológica del hombre¹⁷.

Segundo, la referencia a los antecedentes cognitivos, los objetos intencionales y las tendencias de acción que caracterizan las emociones ha resultado de gran utilidad en la investigación, pues ha aclarado las relaciones de las emociones con las creencias, las motivaciones y los distintos tipos de acción que se desprenden de ellas. En todos estos casos, se trata ya de emociones en las que es claro el papel de las normas sociales, la cognición y, por esa vía, el orden político (Elster, 2002: 299; Aminzade y McAdam, 2001; Thoits, 1989; Goodwin, Jaspers y Polletta, 2001). Estas emociones son las que han acaparado la atención de los antropólogos, sociólogos e historiadores y les han permitido mostrar que ellas pueden llenarse de diferentes contenidos en la historia de las sociedades humanas.

En nuestra investigación, estos señalamientos permitieron organizar la información con base en preguntas concretas sobre los antecedentes cognitivos de la emoción (qué creencias tienen los actores sobre el otro, sobre ellos mismos, sobre

17 Un contraste que puede aclarar los distintos fenómenos que se clasifican como emociones y el lugar diferenciable que en ellos tiene la plasticidad biológica del hombre es la clasificación del temor y la esperanza como emociones. Las situaciones en que se siente temor están menos codificadas culturalmente y “políticamente” que las situaciones en que se alberga esperanza. El temor implica adrenalina, la esperanza no. Ambos, el temor y la esperanza, son clasificados como emociones pero dejan ver en su contraste grados de elaboración de la experiencias emocional muy distintos (Aminzade y McAdam, 2001). Habría que preguntar por las condiciones históricas que hacen posible que las sociedades humanas dejen de experimentar ciertas emociones (con claro contenido biológico) y empiecen a experimentar otras en donde predominan la elaboración y el anhelo políticos (Elias, 1999).

la situación...), cuál es el objeto intencional de la emoción (el estado, el pueblo, la clase política...) y, finalmente, qué tendencias de acción se esperan y en qué condiciones (¿cómo reaccionan los actores armados y por qué?, ¿ante qué situaciones?). La organización de la información con estas preguntas nos permitió complejizar nuestra comprensión de las emociones, de tal forma que no quedaran convertidas en palabras “sobre lo que se siente”, sino que aludieran a procesos de interacción específicos, procesos en los que los componentes cognitivos recalcan la forma en que se está involucrado en el mundo (Rosaldo, 1984).

Tercero, los rasgos de las emociones se experimentan en el cuerpo, se sienten como propias, pero ello no debe ocultar el hecho de que no son naturales ni dadas a esos cuerpos. Por el contrario, las emociones son labradas en la interacción social, son estructuradas en términos de estatus y poder y son expresadas con base en “entendimientos culturales” (Lutz y Abu-Lughod, 1990; Calhoun, 2001). Por eso se insiste en que las emociones no son estados mentales o afectivos interiores, ni expresiones de una biología dada, sino formas en que se experimentan, se conceptualizan, se naturalizan y se juzgan las relaciones de poder (Lutz y Abu-Lughod, 1990; Thoits, 1989). De ahí que en la investigación nos haya interesado comprender cómo conceptualizan los actores su relación con el estado y otros actores de la sociedad nacional y cómo se ven a sí mismos, entre otros puntos.

Cuarto, algunos analistas insisten en la emoción como sensación en el cuerpo; otros recalcan la emoción como un juicio o una evaluación que se hace de las situaciones (Lutz y Abu-Lughod, 1990; Thoits, 1989). Nosotros partimos de reconocer que las emociones se inscriben en el cuerpo, añadimos que toda situación es emocionalizada. Más aún, recalcamos que “no hay acción humana sin una emoción que la funde como tal y la haga posible como acto” (Maturana, 1992: 20), aun cuando la tradicional contraposición entre razón y emoción condena a esta última a aparecer como elemento disruptivo o contrapuesto a lo racional (Calhoun, 2001: 54; Maturana, 1992). Esta precisión nos permite aclarar que el interés en comprender las emociones de las que hablan los actores armados, y en esa medida, el vínculo entre emociones y conflicto, no implican que se asigne a las emociones un lugar de rompimiento o irrupción. Se reconoce que el control, el “modelamiento” y la construcción de formas permitidas y no permitidas de expresión de las emociones son cuestiones centrales para el mantenimiento del orden y del *statu quo*.

Además, la claridad sobre el hecho de que toda situación es emocionalizada permite acoger una serie de distinciones que han hecho los investigadores de acuerdo con la duración o la orientación histórica y temporal de las emociones. Así, hablan de emociones afectivas (de larga duración), en contraste con unas emociones reactivas (ante eventos determinados), y de unas emociones, e incluso unas sociedades, que miran al pasado y otras que se orientan hacia el futuro (Aminzade y

McAdam, 2001). Ahora bien, decir que toda situación es emocionalizada no implica desconocer los grados de distanciamiento y de control de los afectos que los grupos sociales construyen frente a determinadas situaciones y necesidades. Implica, más bien, discutir la contraposición entre racionalidad y emoción y/o entre interés y emoción. Entre ellos no existe la oposición que supone el racionalismo político prevaletante. Racionalidad e interés son términos que siempre se refieren a un grado específico y comparativamente alto de control de los afectos y que se han ido considerando constitutivos de la política moderna¹⁸. Incluso, algunos autores han estudiado con detenimiento el tipo de emociones o, en términos más amplios, de vida moral implícito en la construcción del “interés” como forma de acción política (Hirschman, 1978). Por otro lado, es importante recalcar que la orientación histórica y temporal de las emociones nos da indicios de la forma como los actores comprenden el orden social. De hecho, algunos actores han mostrado que la política moderna implica una orientación hacia el futuro, incluso, una disposición “técnica” a intervenir en el orden y transformarlo (Lechner, 1986).

Quinto, en la medida en que las emociones son labradas en la interacción social y que el discernimiento sobre lo que se siente sólo se aprende a hacer en las relaciones con otros, es necesario reconocer la importancia de la vida discursiva de las emociones y, en términos más generales, del lenguaje en la definición y producción de lo que se siente, lo que se debe sentir o lo que se puede sentir (Lutz y Abu-Lughod, 1990; Thoits, 1989)¹⁹. De ahí que la investigación haya tomado como fuentes distintas producciones verbales de los actores armados, y que insista en la importancia de sus efectos evocadores. De ahí también que la investigación hable de discursos emocionales como prácticas sociales (Lutz y Abu-Lughod, 1990: 2). La sección siguiente de esta introducción aclara y delimita nuestra comprensión del término “discurso”.

18 Elias ha insistido en que “racionalidad” es un concepto que subraya los rasgos diferenciales de un comportamiento y que tiene que ver con “la participación relativa de afectos más transitorios y de modelos intelectuales más permanentes de los contextos observables de realidad, en la dirección individual de la conducta” (1996: 125). No hay pues grados 0 de racionalidad o de emocionalidad. Hay transformaciones permanentes del grado de control de los afectos, de la forma como son conceptualizados e incorporados en los modelos de orientación y comprensión del mundo. Ambos términos, “racionalidad y emoción”, siempre nos hablan de la participación de los afectos en la construcción del conocimiento y la orientación del comportamiento.

19 Esto no implica que el lenguaje sea la vía de acceso privilegiada al mundo emocional. Incluso, reconocemos la existencia de emociones cuya formulación lingüística es muy complicada. De nuevo, el punto central es reconocer que el orden político se traduce en la elaboración emocional de un tipo determinado de experiencias que se nombran y conocen colectivamente, pero que no agotan la vida emocional del individuo.

Sexto, nuestra perspectiva sobre las emociones necesita una precisión sobre sus relaciones con el ritual. De hecho, en los rituales se expresan, pero también se configuran y recrean, distintas emociones. Incluso, algunos investigadores insisten en que los tipos de actividad y de relaciones comprometidas en un ritual pueden hacer que se transformen las emociones o que aparezcan unas en detrimento de otras (White, 1990). Este señalamiento es muy importante en el desarrollo de nuestra investigación, porque nos alerta sobre la tendencia a suponer que las emociones de los actores armados están esperando salir a escena o que constituyen, de entrada, un cuerpo más o menos coherente o fijo. Nuestra investigación sólo nos deja ver a qué emociones apelan los actores armados en el ritual de las negociaciones de paz y en el que la principal actividad es precisamente “tomar la palabra” y “conmover auditorios”. De ahí la importancia de los efectos retóricos. Más aún, en la medida en que ese ritual convierte a alguien “en autorizado a hablar y a hablar como autoridad” (Bourdieu, 1999: 16), sólo accedemos a las emociones de las que habla el que ha sido investido como autoridad o representante del grupo. La investigación se concentra en identificar y analizar las emociones de las que hablan los autorizados para hablar en el ritual de las negociaciones de paz. Reconoce que, por la naturaleza del ritual, las emociones pueden tener un papel retórico definido previamente. Sin embargo, sólo investigaciones posteriores podrán mostrar de qué emociones se habla en otras situaciones o rituales y a qué emociones apelan otros integrantes de los grupos.

Otra precisión importante que hacer en este punto tiene que ver con las facetas del ritual con las que se trabaja y con las que no. Las negociaciones de paz de los gobiernos con las organizaciones armadas implicaron la realización de una serie de eventos y de encuentros, a los que la investigación sólo accede por la vía de los textos. Los investigadores que trabajan sobre ritual y emoción (White, 1990; Appadurai, 1990; Berezin, 2001; Kane, 2001; Cohn, 1999) han mostrado la importancia del trabajo etnográfico sobre los eventos y la necesidad de estudiar cómo se eligen los lugares de los encuentros, cómo se disponen espacial y temporalmente, cómo se denominan y organizan las actividades entre la gente, entre otras cuestiones. Esta investigación reconoce el valor analítico de esas cuestiones (por qué se llamó zona de distensión, por qué en el Caguán, por qué zona de concentración en Ralito, qué rutinas espaciales y temporales estuvieron implícitas en las negociaciones. . .) pero no tenía medios para trabajarlas. No se hizo etnografía de las negociaciones, por un lado, y por el otro, el carácter novedoso de la temática como tal entre las ciencias sociales colombianas hizo que la atención se concentrara en la identificación de repertorios emocionales en las distintas producciones verbales de los actores. Las otras cuestiones quedan como parte de una agenda de investigación sobre ritual, emociones y conflicto político.

Séptimo, uno de los puntos álgidos de discusión entre investigadores que enfatizan las relaciones entre emociones y procesos sociales tiene que ver con las dificultades implícitas en la atribución de ciertas emociones a un colectivo. Tales dificultades tienen que ver con la preeminencia de la psicología en el estudio de la vida emocional²⁰ y con el predominio de modelos racionalistas, estructurales y organizacionales en la comprensión de la vida social y, más puntualmente, en el estudio de la acción colectiva (Aminzade y McAdam, 2001; Calhoun, 2001; Lutz y Abu-Lughod, 1990; Goodwin, Jaspers y Polletta, 2001). De ahí que estos autores hagan un conjunto de precisiones metodológicas y conceptuales sobre las condiciones en que se pueden utilizar las emociones para explicar diferentes fenómenos sociales. En el caso concreto de nuestra investigación, son útiles las insistencias de los autores en que las emociones no explican por sí mismas los procesos de constitución de un movimiento social o de una organización armada, ni los eventos de violencia política. Los mismos autores llaman la atención sobre la necesidad de estudiar las transformaciones emocionales características de la historia de una organización política, así como las distintas trayectorias y mundos emocionales que pueden converger en un movimiento social o una institución determinada.

Como en el caso anterior, estos señalamientos enmarcan nuestras preguntas sobre emociones en el discurso político de los actores armados. Nos recuerdan que estamos hablando de un momento específico de la historia de la organización o del actor, que recogemos lo que dicen en el ritual de las negociaciones sus representantes, pero que no estamos dando cuenta ni de la historia emocional de la organización, ni de los distintos mundos emocionales que en ella se dan cita. Teniendo en cuenta estas precisiones, la importancia del ritual y la autoridad de que es investido el “representante” que habla, construimos una caracterización de las organizaciones armadas. Esta caracterización se explicará más adelante, pero no ignora las diferencias emocionales entre los distintos tipos de combatientes²¹.

Hasta aquí se han reconstruido los principales elementos que constituyen nuestra perspectiva conceptual sobre las emociones. Esos elementos se tradujeron, como se decía antes, en preguntas concretas sobre las emociones: sus antecedentes

20 Incluso, en los trabajos de antropología de las emociones anteriores a la década de 1980 simplemente se acepta la versión psicológica ortodoxa de las emociones como procesos psicobiológicos que, aunque responden a ciertas condiciones ambientales, conservan una esencia no tocada por la vida social o cultural de los grupos (Lutz y Abu-Lughod, 1990: 2).

21 Aunque nuestro estudio no tiene cómo acercarse al mundo emocional o siquiera al discurso emocional del combatiente raso, la consulta de literatura secundaria y de entrevistas a ex combatientes nos permitió poner a prueba parte de la conceptualización que hemos construido sobre la naturaleza de las organizaciones armadas desde su vida emocional.

cognitivos, objetos intencionales, tendencias de acción asociadas, orientaciones temporales, relación con el ritual y duraciones. Sin embargo, el conjunto de precisiones conceptuales no resolvían, del todo, un problema fundamental: “cómo detectar” las emociones en las distintas producciones verbales de los actores armados. Señalamos esto para recordar que no es obvio qué es una emoción en un determinado tipo de texto o de habla y que su estudio tiende a convertirse en la identificación de los nombres de unos estados de ánimo o los adjetivos y adverbios que califican ciertas situaciones o comportamientos (Goodwin, Jaspers y Polletta, 2001: 13). Desde nuestra perspectiva, ambos, nombres y adverbios, funcionan como importantes marcadores de las emociones, pero el análisis de aquéllas en las producciones verbales implica una comprensión de las distintas naturalezas y fines de los tipos de texto (carta, declaración, comunicado, etcétera). De ahí que la investigación haya exigido el estudio de ciertos recursos retóricos y la caracterización de lo que denominamos “discursos emocionales”.

Discurso emocional: lenguaje, producción de sentido y recursos retóricos

La caracterización de las distintas producciones verbales y del habla de los actores armados como discursos emocionales se apoya en una delimitación del concepto “discurso”, en una referencia al concepto “lenguajes políticos” y en la alusión que se hacía antes a que las emociones son también prácticas discursivas, construidas en medio de la interacción social y con importantes consecuencias afectivas sobre los diversos auditorios (Lutz y Abu-Lughod, 1990; Brenneis, 1990; Appadurai, 1990: 92).

Discurso y lenguajes políticos

Varios autores han llamado la atención sobre el extendido e impreciso uso que se hace en las ciencias sociales del concepto de “discurso” (Lutz y Abu-Lughod, 1990); de ahí la necesidad de definir los rasgos que aquél asume en el contexto de esta investigación.

El estudio concede gran importancia analítica y política a las producciones verbales de los actores armados, a sus textos y a su habla, porque parte de que el lenguaje no es un simple medio que expresa o refleja una experiencia previa, sino que el lenguaje, en tanto práctica social, constituye los objetos de los que habla y, por esa vía, produce experiencias y significados (Escalante, 1999: 163-174; Lutz y Abu-Lughod, 1990: 10-14; Van Dijk, 1997: 15-17). En esa medida, el discurso se comprende como una práctica social que participa en la creación de la realidad y la

verdad. Esto, sin negar la referencia más descriptiva y puntual al “discurso” como un tipo de texto y de habla característico del mundo de la política. En efecto, a lo largo de esta investigación se habla de discurso en un sentido conceptual, pero también en un sentido descriptivo: el discurso del comandante Mancuso en el Congreso, por ejemplo. En cuanto término descriptivo, el discurso es una forma que asume la comunicación política y que está al lado de las declaraciones, los acuerdos, los comunicados. Cuándo se habla de discurso en términos conceptuales y cuándo en términos descriptivos o como título de un tipo específico de producción verbal, queda claro en cada contexto. Aun así, es necesario delimitar mejor el uso conceptual del término.

La investigación comparte algunos de los planteamientos del “análisis crítico del discurso”²², como son: primero, la importancia de la relación discurso, poder y sociedad para comprender la dominación; segundo, la idea de que el discurso no se limita a una acción verbal sino que implica producción de sentido y de formas de comprensión de la vida social; tercero, la insistencia en que las estructuras de los textos y sus diferentes propiedades dejan entrever y conocer una forma específica de funcionamiento de las relaciones de poder y desigualdad en una determinada sociedad. Sin embargo, la investigación no se compromete con un análisis de las diferentes dimensiones del discurso. No se hace, por ejemplo, un análisis gramático de los textos ni una identificación y análisis de los léxicos. Se llama, sí, la atención sobre los recursos retóricos, las estrategias narrativas y las estructuras argumentativas a las que apelan los actores armados, pero sólo en cuanto atributos o formas de expresión de lo emocional.

Van Dijk insiste en que, a través del discurso, ciertos grupos reproducen o resisten las relaciones de poder y desigualdad (1997: 15). En esta investigación, apoyada en la lectura que el historiador Roger Chartier hace del trabajo de Foucault, matizo esa proposición y advierto sobre la irreductibilidad de la distancia entre prácticas discursivas y otro tipo de prácticas (1996: 29).

Siguiendo a Chartier, afirmo que no “es posible deducir las prácticas de los discursos que las fundan y las justifican” (1996: 29), ni viceversa. En ese sentido, no supongo que de la presencia de ciertos discursos se deduzca la existencia o la puesta en marcha de un tipo de prácticas que serían su equivalente o su encarnación sin mayores mediaciones. En sus palabras,

22 Van Dijk enfatiza que “el análisis crítico del discurso (ACD) no conforma una escuela, un campo o una disciplina de análisis de discurso, sino que se trata de un *planteamiento, posicionamiento o postura* explícitamente crítico para estudiar el texto y el habla [...] los estudios en ACD pueden [a veces] fijarse *en todos los niveles y dimensiones* del discurso, es decir, gramáticas (fonología, sintaxis, semántica), estilo, retórica, organización esquemática, actos de habla, estrategias pragmáticas y de interacción, entre otros (1997: 16. Resaltados en el original).

debe y puede ser propuesta una articulación diferente de los conjuntos de los discursos y de los regímenes de las prácticas. Entre ambos no hay ni continuidad ni necesidad. Si están articulados no es según el modo de la causalidad o de la equivalencia, sino a partir de la distancia existente entre la “especificidad singular de las prácticas discursivas” y todas las demás. (1996: 29-30)

Este punto reviste gran importancia para nuestra investigación, pues aunque identificamos repertorios emocionales de los que hablan los actores y describimos sus discursos emocionales, no podemos suponer que tales discursos traducen sin más sus prácticas o que de ellos se deduce una forma de actuar determinada. Aun cuando aquí no se están reconstruyendo las formaciones discursivas de las que participan las producciones verbales de los actores armados, es muy útil tener claro que entre sus prácticas discursivas y sus prácticas no discursivas hay o puede haber una gran distancia. Nuestro interés no es mostrar la “distancia” entre lo que los actores armados dicen y hacen. No pretendemos que haya tal continuidad entre esos dos mundos de prácticas, aun cuando reconocemos que la vida política tiende a ser pensada de tal manera que los “discursos” se comprenden como palabras que explican, justifican o respaldan “la acción”. Desde la perspectiva de esta investigación, los discursos son al mismo tiempo sistemas de representación y de “acción”, aunque, por supuesto, una “acción” distinta aun cuando conectada a otras “acciones” de los mismos grupos²³.

Antes de pasar a aclarar en qué sentido la investigación habla de discursos emocionales, es conveniente aclarar la referencia a los “lenguajes políticos”. Como se verá en los distintos capítulos de la investigación, las emociones de los actores armados están atadas a ciertas formas más o menos estructuradas de referirse a la política, y que incluyen locuciones, recursos retóricos y juegos de lenguaje determinados que escapan de la voluntad de los actores. Con la referencia a los lenguajes políticos, se recuerda que Farc y Auc son autores de sus producciones verbales en un sentido muy estrecho y descriptivo, pues, como tales, ambas inscriben sus textos en comprensiones de la política ya más o menos institucionalizadas²⁴.

23 Agradezco a la investigadora Myriam Jimeno por llamarme la atención sobre este punto del discurso como sistema de acción o representación. En el desarrollo de la investigación fue muy útil la consulta de investigaciones sobre discursos emocionales en los movimientos sociales o análisis de discursos sobre temáticas definidas entre esos mismos grupos. No se puede desconocer que las “emociones” de los activistas sociales plantean menos “amenazas” a la autoimagen que la sociedad burguesa tiene de sí, que las emociones de los actores armados (Goodwin, Jaspers y Polletta, 2001; Johnston, 2002).

24 Lenguajes políticos es entonces una forma de señalar la presencia de “problematizaciones de la verdad” o de formaciones discursivas —en el sentido que Foucault da al término— muy variadas y profundas, de cuya reconstrucción no podemos ocuparnos por ahora pero que parten de recordar que la realidad es producida, conocida e interpretada en el contexto de unas relaciones de dominación que hacen evidentes unas cosas e imperceptibles otras. En esa medida, tanto los lenguajes políticos como las formaciones

Discurso emocional

Hablar de discursos emocionales implica preguntarse por la forma en que se produce sentido en una determinada producción verbal. Se parte de reconocer que hay distintos tipos de discursos (factual, neutro, normativo, descriptivo, emotivo, entre otros) y que las diferencias entre ellos tienen que ver, precisamente, con la forma en que se organiza o se presenta “la evidencia”, con los efectos que se quiere producir, con el fin que se plantea el texto, con los recursos retóricos a que se apela y con el lugar que se concede al auditorio, entre otros puntos (Lutz y Abu-Lughod, 1990). En este sentido, no hay oposiciones insalvables entre los distintos tipos de discurso y ellos no son independientes del tipo de auditorio al que se orientan (Perelman, 1997).

Los discursos de las Farc y las Auc en los procesos de negociación con Pastrana y Uribe pueden caracterizarse como discursos emocionales a partir de sus contenidos, los recursos retóricos que utilizan y los efectos evocadores con los que buscan producir una comunidad de sentimiento (Lutz y Abu-Lughod, 1990; Appadurai, 1990).

En cuanto a los contenidos, es claro que los discursos tienden a describir, a explicar y a juzgar en términos afectivos, o que recalcan las motivaciones y la voluntad de los actores, su propia constitución y actuación como grupos armados, sus relaciones con el estado y otros actores sociales y el desarrollo mismo de la confrontación. En efecto, los discursos de los actores armados tienden a montarse sobre creencias acerca de las motivaciones y los comportamientos de los otros, que recalcan la agresión, la ofensa, la traición y el daño. Suelen explicar su propio comportamiento en términos de defensa, respuesta y protección, y suelen tener como objetos intencionales al estado, los rivales y otros grupos sociales.

Ahora bien, el carácter emocional de los discursos está dado no sólo porque se usen palabras relacionadas con los sentimientos (nombres), porque se califiquen las situaciones o acciones (adjetivos y adverbios), sino porque los contenidos concretos del discurso juzgan permanentemente las motivaciones propias y las de los otros desde creencias y desde una legitimidad que reposa en lo que se siente (Lutz y Abu-Lughod, 1990: 11). En la pregunta por los contenidos emocionales de los discursos sobresale el hecho de que tanto los antecedentes cognitivos de las emociones como sus tendencias de acción asociadas recalcan “malos proceder”, agresiones, engaños y acciones de fuerza.

discursivas son la historia de las relaciones sociales y no tienen por autor a un nombre. La acotación que hacemos aquí sobre los lenguajes políticos parte de la consulta del trabajo de María Teresa Uribe y Liliana López sobre “Las palabras de la guerra” (2002). Una investigación posterior podrá mostrar cómo los discursos emocionales de los actores armados recogen y potencian formaciones discursivas sobre la vida política extendidas en la sociedad nacional e incluso en las sociedades latinoamericanas.

En lo referido a las herramientas retóricas que hacen de los discursos políticos discursos emocionales, pueden señalarse varias cuestiones. Diversos autores coinciden en que determinados recursos retóricos son más afines con unas modalidades de discurso que con otras (Perelman y Olbrechts-Tyteca, 1989; Perelman, 1997; Kane, 2001; Herlinghaus, 2002). De ahí que utilicen la recurrencia de figuras retóricas de comunión, presencia y contraste, así como de formas interrogativas e imperativas y metáforas como prueba sobre la naturaleza emocional de los discursos políticos.

Tal naturaleza emocional se apoya también en los distintos rasgos que comparten ciertas producciones verbales y el melodrama. En la estructura de este último, “la pretensión de *intensidad* no puede lograrse sino a costa de la *complejidad*, lo que exige poner en funcionamiento “sistemáticamente” dos operaciones que, si tienen no poco de estratagema, no por eso dejan de remitir a una matriz cultural: esquematización y polarización” (Martín Barbero, 2003: 157; 2002; Herlinghaus, 2002). En efecto, en los discursos de los actores armados, especialmente en los discursos de las Farc, la esquematización y la polarización introducen gran intensidad al relato, al tiempo que lo convierten en algo que ciertos auditorios perciben como anacrónico. Esquematización y polarización de actores, relaciones sociales, coyunturas y valores que facilitan la identificación de la trama narrativa y de sus principales personajes: el traidor, la víctima, el justiciero y el burlón. Como se verá más adelante, en los discursos de los actores armados se identifican traidores, víctimas y protectores de una manera más o menos esquemática. En este punto es interesante recordar que la “polarización” entre buenos y malos también suele aparecer en situaciones límite para una colectividad y en contextos revolucionarios. De ahí que se afirme que el melodrama “puede contener una cierta forma de decir las tensiones y conflictos sociales” (Martín Barbero, 2003: 158)²⁵.

Otro rasgo del melodrama que ayuda a concretar el carácter emocional de los discursos políticos de los actores armados, especialmente de las Farc, es el parentesco estructural entre melodrama y narración. Los discursos políticos, al igual que el melodrama, dan importancia al relato, “al contar a”, y por eso tienen un lugar destacado la experiencia, la memoria y la presencia constante del narrador (Martín Barbero, 2003: 157, 314).

25 Debo a Jesús Martín Barbero la discusión sobre el carácter “melodramático” de las intervenciones de los actores armados y la claridad sobre la necesidad de trabajar lo que eso dice de nuestra modernidad política. Aunque *De los medios a las mediaciones* denunciaba ya, en 1987, la tendencia de las categorías de análisis político a despreciar el melodrama o ciertas formas de la cultura popular por “reaccionarias”, aún está pendiente la investigación que explique —sin celebraciones condescendientes y sin condenas moralistas— cómo ciertos grupos sociales populares descifran y comprenden el mundo político. Aún no hemos sacado las consecuencias políticas y metodológicas de que nuestra modernidad tenga en el melodrama uno de sus funcionamientos constitutivos.

La búsqueda del reconocimiento que se considera constitutiva del melodrama, esto es, la lucha por hacerse reconocer y escuchar (Martín Barbero, 2003), caracteriza también parte de las producciones verbales de los actores armados, les imprime un sello emocional y les asigna una forma específica de identidad. El melodrama habla de una modernidad distinta que hace aparecer como anacronismo la oposición con la que ciertos sectores sociales enfrentan el carácter cada vez más abstracto y opaco de las relaciones sociales codificadas en los sistemas universales de la dominación política (Martín Barbero, 2003: 161). El melodrama habla entonces de la experiencia política de quienes no son “cobijados” por los valores universales, de quienes ostentan otra cultura política, o mejor, otro repertorio emotivo.

Ahora bien, en la caracterización de las producciones verbales de los actores armados como discursos emocionales no puede pasarse por alto el contenido emotivo y utópico del que están cargados varios conceptos e ideologías propios del mundo político. Las frecuentes referencias a la nación, la soberanía, la patria, Colombia, los colombianos, el pueblo, la democracia, los ciudadanos, e incluso, los camaradas, no pueden hacernos olvidar que esos conceptos jalonan nuevas experiencias y abren expectativas sobre el orden social (Koselleck, 2004). Además, tales símbolos verbales facilitan la vinculación emocional de las personas con la colectividad (Elias, 1999: 176), aun cuando hoy no llamen particularmente la atención y parezcan frases de cajón. Las producciones verbales de los actores armados combinan la estructura narrativa del melodrama y los efectos retóricos de presencia y contraste emocional con el recurso a un lenguaje neutralizado que se considera típico de la lucha política legítima (Bourdieu, 1999: 14), y en el cual se destacan conceptos como nación, pueblo, soberanía, democracia, entre otros.

Los actores armados usan esos conceptos y al hacerlo abren un espacio de interacción política y emocional específico, pues es distinto convocar al pueblo, a los colombianos o a los ciudadanos. Cada una de esas invocaciones produce un universo de relaciones políticas muy específico, aunque no por eso libre de contradicciones.

La insistencia en que las emociones no son sustancias que están dentro de los individuos y que son expresadas mediante el lenguaje, sino que son formas discursivas incorporadas por los sujetos, e implican la negociación de gestos y trayectorias de acción, les permite a algunos recalcar las funciones evocadoras de los discursos emocionales. Para ellos, las emociones, en tanto prácticas sociales verbalizadas, pueden producir “comunidades de sentimiento” entre quienes hablan, los otros miembros de las organizaciones y sus diferentes auditorios (Appadurai, 1990; Kane, 2001). De ahí el énfasis que hacen en “los entendimientos culturales” en torno a la vida emocional, en las metáforas como ventanas de estudio de la emoción y en la necesidad de desplazar la atención analítica de la pregunta por la “autenticidad emocional” de lo que se dice hacia los vínculos y la construcción de comunidad que operan a través de la producción verbal (Appadurai, 1990: 107).

A partir de este conjunto de señalamientos, se caracterizan los discursos políticos de los actores armados como discursos emocionales. En el ejercicio de investigación se identificaron y analizaron los contenidos, los recursos retóricos y los efectos evocadores de los discursos con respecto a una serie de campos temáticos: autocomprensión como grupo, relación con el estado y el mundo político. La consolidación y el cruce de esa información permitieron conceptualizar y contrastar los repertorios emotivos y las experiencias del orden político de los que hablan los actores armados en términos de una organización orientada a la conquista de una existencia social, en el caso de las Farc, y una formación elitista orientada a la defensa, en el caso de las Auc. Además, permitieron identificar algunas similitudes en la relación con el estado y el mundo político, que con mucha frecuencia operan como objeto intencional de las emociones.

La caracterización de las organizaciones armadas desde las emociones a las que apelan contribuye a la construcción de una imagen más polifacética del actor armado y de la acción política, al tiempo que complementa o refuerza aquellas perspectivas analíticas que han mostrado que las organizaciones armadas pueden ser comprendidas como formas de acción colectiva violenta, de movimiento social, de ejército, de institución burocrática, de red de poder, de empresariado ilegal, o de organización sin más (González, Bolívar y Vásquez, 2003; Romero, 2003, Cubides, 2005; Ferro y Uribe, 2002). El interés por la vida emocional de los actores armados, o incluso por el uso retórico de las emociones que ellos pueden hacer en los contextos de negociación política, enriquece las anteriores perspectivas. Como señaló Heisenberg: “la ciencia no nos habla de la naturaleza: nos ofrece respuestas a nuestras preguntas sobre la naturaleza. Lo que observamos no es la naturaleza misma, sino la naturaleza a través de nuestros métodos de preguntar” (citado en Gómez, 2005: 17).

Desde nuestra perspectiva, tratar de comprender los repertorios emocionales a los que apelan los actores armados implica, precisamente, hacer otras preguntas y, con ello, complejizar la visión predominante de la acción armada y de la vida política. Las producciones verbales de los actores armados nos dan acceso a una parte muy específica de su vida emocional —cómo se presentan, cómo quieren ser vistos, qué lugar se asignan en el orden social, entre otras cuestiones—, y cómo hacen todo eso en un régimen específico de prácticas que es el “discurso”. Otro panorama emocional y otra caracterización emocional de los actores armados se construirían a partir del estudio de otras de sus prácticas²⁶. De hecho, un mapa

26 La tesis de antropología de Carlos Cárdenas y Carlos Duarte en la Universidad Nacional hace una interesante aproximación a la guerrilla del Eln en tanto “comunidad”. Ellos hacen etnografía y dejan ver en su tesis y en su video *Fusiles de madera* que la guerrilla funciona como una “comunidad” y que

más completo sobre la “vida emocional” de las organizaciones armadas incluiría trabajos de investigación orientados por preguntas como: ¿qué repertorios emocionales se desprenden de sus acciones bélicas?, ¿qué repertorios emocionales están implícitos en las masacres?, ¿cuáles en las rutinas diarias de la guerra y de la organización del “personal”? —”ranchear”, vigilar, “inspeccionar”, pero también organizar “escuadras”, bloques, frentes—. ¿Qué tipo de apuestas emocionales se pueden detectar en las estructuras organizativas, en los liderazgos, en los nombres de los combatientes y los bloques, en la distribución de responsabilidades a lo largo de la cadena de mando?, ¿qué repertorios emocionales sostienen su comportamiento estratégico?, entre otras cuestiones²⁷. En este punto emergen dos interesantes cuestiones. Primero, la “sociología de las emociones” ha trabajado contextos organizativos específicos en cuanto mundos emocionales y espacios de aprendizaje de *feeling rules* (Hochschild, 1979, 1983; Thoits, 1989). Segundo, la sociología de las organizaciones y la de los movimientos sociales, en la academia norteamericana, ha empezado a articularse y a recalcar complementariedades (McAdam y Scott, 2005). Ambas precisiones resultan de utilidad para esta investigación, por cuanto el contenido de las producciones verbales de los actores y el tratamiento metodológico que hice de ellas me llevaron a una caracterización de las organizaciones armadas como tales²⁸.

Conquistar la existencia, defender el orden y despreciar el mundo político

La lectura sistemática de las producciones verbales de los actores armados desde los señalamientos conceptuales anteriores y en los temas referidos a la autocaracterización de las organizaciones y sus vínculos con el mundo político formal nos permitió caracterizar a las Farc y a las Auc en términos de un grupo

las rutinas diarias estructuran una específica vida emocional y una particular relación con la sociedad nacional. Especialmente conmovedoras son las escenas de los guerrilleros viendo el noticiero “autodenominado” nacional e informándose de las propias acciones del grupo en otra región, las imágenes de los cuadernos de los guerrilleros y su formación política; cuadernos en que leen “bra, bre, bri, bro, bru”, y la organización de jornadas lúdicas (2001).

- 27 Agradezco a los profesores Álvaro Camacho y Román Ortiz por llamarme la atención sobre los diversos repertorios emotivos que se pueden poner en juego en las distintas formas de acción de las organizaciones armadas. Al profesor Ortiz debo también la claridad sobre cómo estos discursos emocionales pueden ayudarnos a comprender el comportamiento estratégico de los actores y sus diferencias en cuanto a reclutamiento y organización de personal, cuestiones que no trabajo aquí.
- 28 No partí de una teoría o un modelo analítico sobre lo que es una organización, al estilo de los trabajos, por demás muy interesantes y renovadores, de Ferro y Uribe (2002) o de Cubides (2005). Las declaraciones de los actores armados me fueron llevando a la caracterización de sus organizaciones. De ahí que sea útil tener presente las dos consideraciones que hice arriba sobre sociología de las emociones en la organización y el creciente encuentro entre la literatura sobre movimientos sociales y la de organizaciones.

“orientado a la conquista” y una “formación elitista orientada a la defensa”. El sentido de ambas formulaciones será claro en los capítulos que siguen. Por ahora es útil saber que ambas categorías nos permiten amarrar y, en alguna medida, contrastar los repertorios políticos y emotivos que caracterizan a las organizaciones armadas. En términos generales, los discursos emocionales de las Farc son los discursos de un actor social que busca ser incluido políticamente y que se queja de la exclusión sistemática de que ha sido víctima. Tales discursos revelan la experiencia política de sectores campesinos que han aprendido a leer su historia en una clave altamente ideologizada que en ocasiones torna difícil el análisis político, y en la que se dan cita distintos usos de la historia, distintos recursos retóricos y diversas formas de legitimación política. En sus textos, las Farc se orientan a comprobar su importancia política y a demostrar que son una organización seria que merece la atención del estado o que se la va a ganar “por las buenas o por las malas”.

Si el discurso emocional de las Farc reclama la inclusión, el de las Auc se orienta a restablecer el orden político anterior a la expansión guerrillera, por medio de la consagración del derecho natural a la defensa y de la activación de un código de afinidad entre los “sectores establecidos” en las diferentes regiones.

En su relación con el estado, cada una de las organizaciones apela a la historia personal o colectiva y a repertorios emotivos diferentes. Las Farc se queja, en condición de campesina, del olvido estatal, y en condición de organización revolucionaria, de la guerra sistemática que el terrorismo de estado le ha declarado. Como veremos más adelante, las Farc producen una serie de discursos emocionales que condenan a los políticos y que caracterizan en términos despectivos a la “oligarquía” y al “régimen”.

Por su parte, las Auc intentan restablecer las relaciones de reciprocidad y camaradería con el estado. En sus discursos emocionales, los comandantes se quejan de la desprotección a que han sido sometidos y subrayan que han asumido funciones estatales porque era su responsabilidad. Como las Farc, las Auc condenan a los políticos, critican la corrupción y tienen una relación ambigua con la ley. Sus discursos emocionales son mucho más matizados, complejos y cambiantes que los de las Farc, y por eso mismo es más difícil identificar de dónde provienen ciertos señalamientos. Los dos actores armados cuentan sus experiencias políticas por medio de discursos emocionales que subrayan las demandas de inclusión y reconocimiento, por un lado, y los anhelos de restauración y purificación del mundo político, por el otro. Es interesante que el contraste en términos organizativos, una organización orientada a la conquista y la otra a la defensa, sea matizado por los supuestos sobre la política que ambas organizaciones tienen que enfrentar y según los cuales la política debería ser pacífica. Los capítulos que siguen muestran de

dónde provienen estos planteamientos sobre los discursos emocionales de los actores armados, cómo se sostienen en la amplia evidencia recogida, cuáles son algunas de sus implicaciones y qué preguntas plantean.

La caracterización de las organizaciones armadas se hace con base en las distintas producciones verbales que los actores armados presentan en el marco de los procesos de negociación política. Estos textos no agotan la vida emocional de los actores pero permiten comprender algunos de sus principales atributos. Sobre todo, aquello que creen que se debe decir en un evento político de tal magnitud. Es muy significativa la constatación de que las caracterizaciones de las organizaciones armadas, desde sus discursos emocionales, afirman y profundizan planteamientos de investigaciones anteriores sobre la naturaleza de la confrontación y la evolución de los actores armados (González, Bolívar y Vásquez, 2003). En esa medida, los discursos emocionales afianzan gran parte de los descubrimientos hechos por otro tipo de investigaciones concentradas en las historias regionales de los actores armados y sus transformaciones recientes. Tal constatación es importante porque nos permite recordar que la pregunta por las emociones no se diluye en lo “subjetivo”, sino que precisamente los repertorios emocionales recogen y expresan la forma como los actores “viven” y “conceptualizan” lo que se llamó “las causas objetivas de la violencia”. La humillación o la rabia no son sólo cuestiones “subjetivas”, ellas desnudan la forma como grupos determinados experimentan la pobreza, la explotación o la marginalidad. Además, tales caracterizaciones hacen aparecer problemas nuevos que necesitan ser investigados sistemáticamente y que se refieren a la forma como distintos grupos experimentan la política.

Las fuentes y el evento

Los planteamientos conceptuales presentados en las dos primeras secciones de esta introducción orientaron la selección y el tratamiento de las fuentes. Especialmente, aquellos señalamientos referidos a la vida discursiva de las emociones y al hecho de que ellas se aprenden a conceptualizar en medio de la interacción lingüística.

Ahora bien, en medio del inmenso conjunto de textos y producciones verbales emitidos por los actores armados en el marco de los procesos de negociación política, la investigación se concentró en cuatro tipos de texto: los textos “oficiales” de los actores armados en los procesos de Instalación de las Mesas de Diálogo y en sus principales ceremonias o eventos; los comunicados o declaraciones ante coyunturas específicas, como secuestros, asesinatos, violaciones a los acuerdos entre las partes, entre otros asuntos; entrevistas y declaraciones en las diferentes ruedas de prensa o ante distintos medios de comunicación impre-

sos y, finalmente, editoriales y documentos de las páginas web de cada una de las organizaciones²⁹. A lo largo del proyecto se utilizó el Archivo Especializado de Prensa del Centro de Investigación y Educación Popular, Cinep, que hace el seguimiento de la información sobre conflicto armado y negociaciones de paz en 10 de los periódicos más importantes del país (*El Tiempo*, *El Espectador*, *El Nuevo Siglo*, *El Colombiano*, *El Mundo*, *Vanguardia Liberal*, *El País*, *El Heraldo*, *Voz* y *La República*). Además se hizo un seguimiento de la información publicada por los periódicos *El Meridiano* de Montería y *Sincelejo*, dada la importancia de esta región para el proceso político con las Auc.

Además de los documentos producidos en el contexto de las negociaciones de paz, la investigación incluyó algunas entrevistas importantes y recientes con los líderes de las organizaciones armadas, aun cuando fueron hechas en un período o contexto diferente del estudiado³⁰. Sorprende la coincidencia entre esas entrevistas y las declaraciones producidas en el marco de las negociaciones de paz. Investigaciones posteriores podrán mostrarnos qué tanto se transforma el repertorio emocional de los actores armados en la historia reciente del país. Lo cierto es que esas entrevistas aportaron elementos de profundización, más que de contraste, entre lo que ellos decían antes y lo que dicen en la mesa de negociación³¹.

El estudio no se ocupa de los documentos públicos que firman conjuntamente los actores armados y los respectivos gobiernos negociadores; esto es, de los dis-

29 La investigación no hace ni presenta una historia de las organizaciones armadas ni de las negociaciones como tales. En este punto específico se apoya en los trabajos de González, Bolívar, Vásquez, 2003; Ferro y Uribe, 2002; Garzón, 2005.

30 La codificación incluyó la entrevista que hizo Darío Arizmendi a Carlos Castaño en 1999 y que fue transmitida por televisión, y la entrevista que el publicista Ángel Beccassino le hizo a Manuel Marulanda a finales de los años ochenta. Las otras fuentes que recogen producciones verbales de los actores armados producidas fuera del contexto de negociación se trabajaron pero no se incluyeron en las pruebas de codificación iniciales.

31 La “precaución” sobre el carácter “particular” que “debía” rodear a algunas de las declaraciones de los actores armados, dado el contexto de negociación, nos llevó a revisar sistemáticamente fuentes producidas en otras coyunturas. Al respecto, fue de gran utilidad el video producido por Diana Gómez y Ómar Benavides en febrero de 1995 y en el que Jorge Briceño, alias “el Mono Jojoy”, aparecía por primera vez ante las cámaras. Algunos fragmentos del video, titulado *¿Y por qué no les preguntamos a ellos?*, fueron emitidos por un noticiero nacional. En los fragmentos y en el conjunto del video aparece el Mono Jojoy —y también otro comandante menos conocido— diciendo cosas que va a decir “tal cual” en el contexto de las negociaciones. “que el estado les ha declarado la guerra”, “que son los problemas sociales los que generan violencia”, “que luchan por la gente que no tiene ningún derecho”, entre otros puntos. Otros trabajos especialmente útiles en esta dirección fueron la tesis de grado de antropología de Diego Higuera en la Universidad Nacional, en la que compara discursos de paz y guerra en las Farc y en las Auc en períodos que no coinciden del todo con los de esta investigación (Higuera, 2003); y el informe final de la investigación titulada “Periodistas, políticos y guerreros. Visibilidad mediática y gestión comunicativa de la guerra y la paz en Colombia, 1982-2002”, dirigida por Jorge Iván Bonilla y Catalina Montoya en la Universidad Javeriana (2003).

tintos acuerdos políticos que fueron sancionados a lo largo de los procesos de negociación, ni de los comunicados o declaraciones públicas que son de autoría conjunta.

El estudio tampoco se ocupa de lo que hemos llamado textos procedimentales, Agendas y Declaraciones Temáticas. Un ejercicio de pilotaje inicial mostró que en ellos predomina un lenguaje político estándar, una retórica formal que simula cierta neutralidad y en la que, de cualquier manera, resulta difícil acceder a la experiencia política. Decimos que tales textos simulan neutralidad porque reconocemos con Bourdieu que un rasgo de la lucha política que se pretende legítima es hablar en un lenguaje que parece “formal” y técnico (1999: 14). Además, reconocemos que los símbolos verbales que constituyen el lenguaje político establecido hoy día (pueblo, democracia, participación, estado, consenso, entre otros) arrastran viejas experiencias y guardan contenidos emotivos específicos guiados por los anhelos de formas nuevas de experimentar la vida juntos (Elias, 1999; Koselleck, 2004). Koselleck señala que el lenguaje político contemporáneo, lleno de *ismos* (liberalismos, comunismos, socialismos), delata una carga de expectativa; se diría, una orientación emotiva hacia el futuro, más que un contenido propiamente experiencial (Koselleck, 2004: 38). De ahí que aparezca como un lenguaje formal, instrumental, y no como una vía de acceso a la vida emocional. Un primer conjunto de textos, en el que se incluían los textos leídos por los líderes de las organizaciones en la instalación de los eventos y las declaraciones en torno a las coyunturas más significativas de las negociaciones, fue categorizado utilizando distintas herramientas para la construcción de teoría fundada: el análisis de palabras, el análisis frase a frase, la codificación en vivo y la técnica de la voltereta (Strauss y Corbin, 2002). Se optó por utilizar esas herramientas, por cuanto concentran la atención del analista en lo que los actores están diciendo y en la forma como lo están diciendo (Strauss y Corbin, 2002: 72). Adicionalmente, los textos fueron interrogados desde distintas preguntas referidas a la estructura del relato, el uso de metáforas y la tendencia a construir moralejas organizacionales (Coffey y Atkinson, 2003).

En este punto, las herramientas metodológicas fortalecieron la discusión conceptual sobre el melodrama y las figuras retóricas características de los discursos emocionales. Los ejercicios de codificación e identificación de las estructuras narrativas de los documentos alimentaron, a su vez, las preguntas y categorías analíticas que se habían descrito en la revisión de la literatura teórica y de los reportes de investigación con problemas similares. Los resultados de ese ejercicio se utilizaron en la codificación de todo el cuerpo documental que, además, fue organizado con los recursos tecnológicos del software para investigación cualitativa Atlas ti. Como resultado, se cuenta con casi 300 documentos (ver anexos 3 y 4) codificados en un amplio conjunto de categorías, del que este trabajo sólo retoma una parte. De hecho, hay una serie de problemas que emergieron en la codificación pero que no

alcanzaron a ser analizados: invocación diferenciada de pueblo, compatriotas y sociedad, metáforas de la guerra, clima emocional que rodea los eventos de negociación política, importancia que en ellos tiene la comunidad internacional, relación de los actores armados con los medios de comunicación, discusión sobre narcotráfico y cultivos ilícitos, entre otras cuestiones.

Una vez codificada toda la información, se vio la necesidad de concentrar el análisis en la exploración de unas cuantas categorías. En torno a ellas se armaron las distintas partes del texto, cada una de las cuales analiza los discursos emocionales en torno a un objeto intencional de las emociones. Así, la primera parte analiza la imagen que cada actor expone de sí mismo en los procesos de negociación. Se hace énfasis en las emociones que caracterizan tales imágenes prestando especial atención a los antecedentes cognitivos y las tendencias de acción que los actores armados identifican en sus discursos. Se revisan las creencias que tienen sobre ellos mismos, las explicaciones que dan sobre su motivación y su comportamiento, así como el tratamiento que le dan a la historia de la organización.

La segunda parte reconstruye la relación intensamente emocional que los actores armados tienen con el estado, el bipartidismo, la clase política, y en general, el mundo político. Como en los otros capítulos, se “detecta” la vida emocional por la vía de los antecedentes cognitivos, los recursos retóricos y las tendencias a enjuiciar a los otros. En esta parte tiene gran importancia la anterior referencia al melodrama, pues los actores armados usan, con gran fuerza, los mecanismos de polarización y esquematización, y porque el estado aparece de manera recurrente como agresor y traidor.

El texto termina con un capítulo de consideraciones finales que recoge los principales resultados del trabajo, propone una discusión sobre el vínculo entre emociones, conflicto armado y experiencia de la política y recalca la existencia de una ambiciosa agenda de investigación en estos temas. Se insiste en la necesidad de discutir la idea de que el comportamiento político legítimo proviene de la acción racional y en la importancia de ver que la experiencia política se traduce y actualiza como repertorio emocional.

Conviene subrayar que la organización del estudio —en dos partes dedicadas a la propia autocomprensión de los actores y a su relación con el estado— se hizo prestando atención a los objetos intencionales de las emociones y al hecho de que ellas no son sustancias que se expresan por medio del lenguaje, sino procesos socioculturales de vinculación con el mundo en los que sobresalen los antecedentes cognitivos y las diversas tendencias de acción. Además, es útil recalcar que la investigación no supone un acceso directo a la vida emocional de los actores armados. Ni siquiera supone que ésta es toda su vida emocional, sino que parte de que los contextos de negociación política operan como un prolífico

marco de indagación sobre aquello que los actores armados consideran digno de expresión y, en esa medida, sobre el lugar que asignan a la vida emocional en la presentación de sí mismos y en su relación con los más amplios auditorios. Dicho de otra manera, la investigación parte de que las referencias a las emociones gozan de cierto carácter estratégico en medio de unas negociaciones de paz y de que, aun así, resultan reveladoras de la forma en que el actor armado se ve a sí mismo y se sitúa frente al orden social.